

—Adios, amigo mio.

—Adios, señor Duval.

Y este último salió á la calle, y se dirigió á su casa halagado con la idea de triunfar bien pronto de Nuñez y Leopoldo, mientras Willey, sin acordarse del crimen que acababa de cometer, ni de la sangre que habia vertido, se metia en la cama tranquilamente pensando en la manera de vencer la esquividad de las mujeres que le negaban su amor.

CAPITULO II.

¡Las declaraciones.

Volvamos, por un momento, á ocuparnos del asesinato cometido en la persona de D. Felipe Flan.

Lo primero que hizo la justicia al penetrar en la casa, fué colocar centinelas en la puerta de la calle para que á ninguno se le permitiese salir.

El juez, seguido de un escribano y de varios agentes de policia, se dirigió á la alcoba del desgraciado Flan que estaba muerto en su lecho, y rodeado de Soledad, de Félix y de todos los criados de la casa.

El juez, despues de informarse del su-

ceso, ordenó que á todos los que habian estado dentro del edificio cuando se consumó el crimen, los separasen y los llevasen á distintos cuartos, para irlos llamando uno á uno y hacer la correspondiente averiguacion.

El primero á quien hizo comparecer fué al portero.

—¿Ha abierto vd. hoy la puerta á alguna persona que no haya vuelto á salir?

Le preguntó el juez examinándole atentamente.

—No señor: todas cuantas han entrado á distintos negocios, han salido, sin que me quepa la menor duda de ello.

—¿Y no ha sido vd. sorprendido por alguno que haya penetrado á deshora de la noche?

—No señor.

—¿Desde qué hora dejó vd. de abrir la puerta?

—Desde las nueve.

—Y ésta ¿estaba cerrada con llave?

—No señor, estaba, como era de costu n-

bre, entornada únicamente, hasta poco despues de esa hora.

—¿Entonces cómo sabe vd. que nadie entró?

—Porque mi cuarto, está al llegar al patio, y nadie puede subir la escalera sin que yo le vea.

—Pero la puerta para entrar al almacen está antes que el cuarto de vd. ¿no es cierto?

—Sí señor.

—¿Y no cree vd. que el asesino haya podido penetrar en el almacen sin que vd. le viese?

—Puede ser muy bien. Pero el señor Flan fué asesinado en su alcoba, y puedo jurar que ninguna persona extraña subió la escalera, al menos hasta que me acosté.

—¿Y no cree vd. que el asesino pudo quedarse escondido en el almacen, y salir cuando todos estaban descansando, y subir entonces para cometer su crimen?

—No señor.

—¿Por qué?

—Porque, como el señor Flan tenia de costumbre, se registró el almacen antes de

cerrarlo, para ver si álguien se quedaba dentro.

—¿Y nadie estaba?

—Nadie.

—¿Y á qué hora ha tenido lugar el asesinato?

—A las doce.

—¿Y no oyó vd. ruido ninguno antes?

—Solo sentí los pasos de D. Félix cuando acudió á ver lo que habia sucedido.

—¿Y quién es ese D. Félix?

—El dependiente principal.

—¿Y cómo supo vd. que era D. Félix el que se dirigia á la alcoba?

—Porque al ruido de ellos salí.

—¿Es decir que hasta entonces no habia vd. oido nada?

—Nada, señor; absolutamente nada.

—¿Ni grito ninguno?

—No señor.

—¿No sabe vd. si entre D. Félix y D. Felipe habia mediado algun disgusto?

—Todo lo contrario; porque yo les ví salir del almacén como dos buenos amigos.

—¿Y no cree vd. que por la azotea haya penetrado el asesino?

—Eso es imposible: allí está el perro que hubiera devorado al que se hubiera atrevido á saltar á ella, ó cuando menos sus ladridos nos hubieran anunciado el peligro.

—¿Y está vd. seguro de que el perro estaba en la azotea en ese instante?

—Segurísimo, como que fué lo primero que traté de ver despues del funesto suceso. Sin embargo, puede vd. enviar á alguno de sus ayudantes para que se cerciore.

—Está bien.

El juez envió á uno de policia á que viese si era cierto lo que el portero decia; y poco despues volvió, asegurando lo dicho por el interrogado.

El juez continuó.

—¿A qué hora se retiró del almacén su amo de vd?

—Poco antes de las doce.

—¿Quién estuvo con él?

—Don Félix.

—¿Y cuando se retiraron, los vió vd. separarse?

—No señor; porque D. Félix subió con él hasta su cuarto.

—¿Y entró en la alcoba?

—Lo ignoro; porque les ví que estaban hablando al entrar, y yo cerré mi puerta para acostarme antes de que se separasen.

—Está bien: lleven vdes. á este hombre al cuarto en que ha estado, impidiendo que se comunique con nadie hasta no terminar las declaraciones.

El portero salió, y el juez hizo comparecer uno á uno á todos los criados, que respondieron acordes con lo que habia dicho el primero.

Retirados del sitio del interrogatorio, Soledad se presentó á dar su declaracion, cubierta de lágrimas, triste y abatida, llevando en su hermoso rostro pintado el mas intenso dolor.

El juez se levantó del asiento que ocupaba, le presentó una silla, y le suplicó que se sentase.

—Señorita, siento verme obligado á renovar su dolor con las preguntas que en

cumplimiento de mi ministerio estoy en el imprescindible deber de dirijirla.

—Mil gracias.

—¿Cuál es el nombre de vd?

—Soledad....

—¿Qué era de vd. el señor Flan?

—Mi protector, mi bienhechor, el que me atendia en todo con el cariño de un padre.

—¿Es decir que no le unia con vd. parentesco ninguno?

—Ninguno mas que el que une al hombre generoso con todos los desgraciados... ¡el de la caridad!

—Esa virtud habrá encontrado ya su justa recompensa. Pero yo me contraia en mi pregunta á parentesco de sangre.

—El señor Flan no tenia familia: era enteramente solo: apreciaba á D. Félix como se aprecia á un amigo, á un hermano, y quiso recompensar sus servicios, llevándome á su casa, evitándole así que siguiese sacrificándose, como hasta allí, para atender á mis necesidades.

—¿Pues qué es vd. de ese D. Félix?

—Su prima.... su desdichada prima, en-

comendada á su cuidado al quedar sola en el mundo.

—¿Y nunca le oyó vd. á su primo expresarse mal contra D. Felipe, por alguna injusticia que hubiese cometido contra él?

—Jamás: todo lo contrario. De sus lábios no salian mas que palabras de cariño y de gratitud á su deferencia y bondades.

—¿A qué hora se retiró esta noche el señor Flan á su cuarto?

—Lo ignoro: yo me recogí á las diez, y solo he despertado á los gritos de los criados.

—¿Es decir que vd. nada habia visto ni oido antes?

—Absolutamente nada.

—Está muy bien: puede vd. retirarse á sus habitaciones, señorita; y la suplico á vd. me disimule el haberme visto precisado á molestarla.

Soledad, agobiada por la pena, y enjugándose el llanto que le arrancaba el dolor, se dirigió á su alcoba, dejando conmovidos á cuantos le habian escuchado.

—¡Pobre jóven!—Exclamó el juez compadecido:—Mucho temo que al sentimiento

de la pérdida de su bienhechor, tenga que agregar, dentro de breves dias, la de su primo.

—¿Cómo!—dijo el escribano;—¿sospecha vd. de él?

—Por desgracia las declaraciones hacen recaer sobre él las sospechas. Todos los criados convienen en que los primeros pasos que oyeron pertenecieron á Félix, quien les llamó presentándose á ellos manchado de sangre; en que nadie forzó la puerta ni pudo entrar por la azotea, pues hubiera ladrado el perro que en ella estaba; y por último, en que le acompañó hasta su alcoba poco antes de que se cometiese el crimen.

—En efecto, las apariencias le acusan.

El juez mandó que le llamasen, y á poco se presentó Félix, pálido y triste, con aire franco á la vez que doliente, revelando en su noble porte y apacible semblante los hidalgos sentimientos de una alma generosa.

El juez le miró atentamente, y no pudo descubrir en su dulce fisonomía ninguno de esos rasgos que denuncian al hombre que ha cometido un crimen.

—¿Cómo se llama vd?

Le preguntó con afabilidad el juez.

—Félix Huerta.

—¿Han entrado algunas personas hoy á ver al señor Flan?

—Muchas.

—¿Y no sospecha vd. si entre ellas podia tener algun enemigo?

—No señor; mi principal era un hombre cuyo noble corazon solo habia sabido granjearse el aprecio general.

—Y sin embargo, ha sido asesinado.

—¿Es verdad!

—Lo que prueba que alguno, lejos de ser su amigo, le aborrecia de muerte.

—¡Oh! ¡parece increíble!

—¿Y no sospecha vd. de nadie?

—De nadie.

—¿Hasta qué hora estuvo vd. esta noche con su principal?

—Hasta cerca de las doce.

—¿Subió solo á su cuarto?

—No señor; le acompañé yo.

—¿Y se quedó vd. con él?

—No señor, me retiré al mio para arreglar algunas cuentas.

—¿Y quién le dió á vd. aviso de la fatal desgracia que acababa de tener lugar en su alcoba?

—El grito desgarrador de muerte que sin duda lanzó al sentir en su pecho el hierro homicida.

—¿Es decir que vd. fué el primero que penetró en el sitio en que se habia perpetrado el crimen?

—El primero.

—¿Y antes no habia vd. escuchado pasos ó ruido de alguna persona?

—No señor.

—¿Y no cree vd. que por la azotea haya podido penetrar el asesino?

—¡Imposible! El perro que la cuida es feroz, y sus ladridos nos hubieran avisado del peligro. Mas bien temo yo que por la puerta de la calle, en algun descuido del portero se haya deslizado el criminal, se ocultase en la alcoba de D. Felipe, y al verle entregado al sueño, cometiese el vil asesinato.

—El portero asegura que nadie subió.

—Tal vez no lo vería.

—¿Ha notado vd. alguna vez poca vigilancia en él?

—Nunca ha dado motivo para reprehenderle.

—¿No es cierto que vdes. registraron el almacén antes de subir?

—Sí señor.

—¿Y encontraron vdes. algo?

—Nada; pero tal vez pudo el asesino ocultarse debajo del banco en que se sienta el portero, y que está á la entrada del patio.

—Pero eso no ha podido ser: desde el momento de la desgracia, ninguno mas que el criado que fué á dar parte del fatal acontecimiento, ha salido por la puerta del zaguan: que no lo haya podido verificar por la azotea se desprende de que el mastin ha permanecido en el mayor silencio, y que no puede ser otro, que alguno de los que habitan la casa, se deduce de que á persona ninguna extraña se ha encontrado en ella, á pesar de haberla registrado toda escrupulosamente.

—¿Cómo!—exclamó D. Félix asombrado;—¿podría vd. creer que alguno de sus servidores haya sido tan infame, que arrancase la vida al hombre que les colmaba de favores y de distinciones?

—Sí D. Félix.

—¡Oh! ¡no lo crea vd! Todos los que estaban bajo sus órdenes, hubieran dado gustosos por él la vida.

—Y lo peor es, que la persona sobre quien recaen las sospechas, despues de oídas todas las declaraciones, es. . . .

—¿Quién?

—Usted.

Don Félix sintió congelarse la sangre en sus venas

Aquella palabra fué para él como el golpe de un rayo, y cayó sin poderse tener sobre una silla que estaba á su lado.

La sorpresa habia sido tan inesperada y fuerte, que el corazón se le oprimió dentro del pecho hasta privarle de la respiración.

Sus ojos se velaron con el dolor; su ros-

tro palideció horriblemente; sus miembros se estremecieron como al contacto de un fluido eléctrico, y su lengua permaneció sin acertar á proferir palabra.

Aquella acusacion era espantosa para un hombre que abrigaba los sentimientos mas tiernos y generosos, y el peso de ella le abrumó de tal manera, que por un instante permaneció sin poder recoger ninguna idea.

El juez esperó á que recobrase un poco su calma y serenidad.

El dolor del interrogado tenia tales visos de profundo y de sincero, que le afectó sobremanera.

En los muchos años que llevaba de administrar justicia, nunca habia visto presentarse al crimen respirando candor é inocencia.

Inclinado, pues, á creerle limpio de la mancha con que las circunstancias le hacian aparecer, aguardó á que volviese de su anonadamiento; y cuando vió que la sorpresa cedia su lugar á la reflexion, volvió á decirle:

—Sí, D. Félix; por sensible que le sea á vd. escucharlo, y á mí decirlo, pues me parece que bajo el exterior noble que distingue á vd., no puede ocultarse una alma ingrata y pérfida, las apariencias le acusan y vd., bien á mi pesar.

—¡A mí! ¡A mí que le amaba como un hijo á su padre. . . . con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis potencias, y que hubiera preferido mi muerte á la suya!—Exclamó el desdichado Félix vertiendo un raudal de lágrimas arrancadas por el sentimiento:—¡Ah, señor juez! ¡el tacto que debe haberle dado á vd. la práctica y su talento para distinguir al criminal del inocente, le debe indicar á vd. que yo soy incapaz de haberme manchado con la sangre del mejor, del mas generoso de los hombres!

—Le repito á vd. que estoy convencido de la inocencia de vd.; pero mi deber me impone la triste obligacion de obrar con respecto á las pruebas, y éstas están declarando hasta ahora, contra vd.

—¡Dios mio, Dios mio!

—Tenga vd., pues, la bondad de seguir contestando á mis preguntas.

—Lo haré con la sinceridad que reclama la conciencia.

—¿Cómo es que están su mano derecha, y parte de su ropa manchadas con sangre?

—Porque al penetrar en el cuarto, no pude persuadirme de que estaba muerto D. Felipe; le abracé para ver si respiraba, y le arranqué el puñal que el asesino dejó enterrado en su corazón.

—¿Y dónde está ese puñal?

—Lo arrojé al suelo horrorizado.

—En efecto;—dijo uno de los agentes de policía levantando un puñal que estaba en el suelo:—Aquí está el arma ensangrentada.

—Démela vd.

El juez tomó el hierro homicida, y lo empezó á ver por todas partes.

De repente hizo un movimiento de sorpresa, y fijando en Félix con severidad los ojos, le dijo:

—Veo, D. Félix, que tiene vd. el talento necesario para engañar la experiencia del mas envejecido en juzgar á los delincuentes.

—No comprendo lo que vd. quiere decirme, señor juez.

—¿Conoce vd. este puñal?

—No señor: el puñal es arma que me horroriza y que jamás he cargado.

—Es decir que sostiene vd. no conocer esta daga?

—Sí señor, no la conozco.

—Y sin embargo, debia vd. conocerla perfectamente.

—¿Conocerla yo! ¿y por qué?

—Porque lleva vuestro nombre.

—¿Mi nombre!

—¿No se llama vd. D. Félix Huerta?

—Sí señor.

—Pues véalo vd. aquí.—Dijo el juez enseñándole la parte de la hoja en que estaba escrito aquel nombre.—¿O conoce vd. alguno de ese nombre y apellido que visitase á D. Felipe?

—Ninguno.

—Ahí tiene vd. otra circunstancia agravante que da vehemente fuerza á las sospechas que militan contra vd.

—Pero el que deje de conocer algun Fé-

lix Huerta entre los que visitaban á mi desgra-
ciado principal, no prueba que no haya
un extraño que lleve ese nombre.

—Sin duda que sí; pero eso no hace al
caso en este momento: estas no son mas que
las primeras declaraciones que sirven de
base á la causa que se sustanciará; mas tar-
de podrá vd. exponer todas las razones que
militen en su favor y prueben su inocencia.
Por ahora, suplico á vd. que tenga la bon-
dad de seguirme.

—¡Se me conduce á una prision!

Exclamó horrorizado el desdichado jóven.

—Es mi deber.

—¡Oh! ¡permítaseme al menos despedir-
me de mi afligida prima, para pedirle de
rodillas que no me crea criminal!

—Eso es imposible. Además, seria au-
mentar las penas que le afligen, presentarse
á sus ojos con el carácter de preso.

—¡Es verdad! ¡Conque no hay remedio?

Y Félix, abrumado de dolor y de ver-
güenza, salió á la calle, y fué conducido á la
cárcel en medio de las bayonetas de algu-

nos soldados, y acompañado del juez que
habia tomado su declaracion.

Por fortuna, las sombras de la noche en-
volvian la tierra, y la ciudad dormia tran-
quila, ahorrándole el rubor de que las gen-
tes fijasen con maligna curiosidad los ojos
en su avergonzado semblante.

Al pasar por la calle de Tacuba, fijó la
vista en la casa número 3, y se enjugó al-
gunas lágrimas arrancadas por el recuerdo
de otros tiempos mas tranquilos, pasados al
lado de la hermosa Soledad, que ahora que-
daba triste y abandonada!

Abatido y sin consuelo, absorto en mil
ideas á cual mas desgarradora, cruzó en lí-
nea recta las calles de Santa Clara, S. An-
drés, Mariscalá y S. Juan de Dios, sin po-
ner cuidado hácia donde caminaba.

De repente, despues de haber torcido á
la izquierda, entre la Alameda y S. Diego,
y dado vuelta á la derecha con direccion al
Paseo Nuevo, hizo alto la escolta enfrente
á un vasto, lúgubre y sólido edificio.

Félix salió de su enagenacion mental, y

al fijar los ojos en el edificio que tenia delante, se estremeció de horror.

Era la *Acordada*, la cárcel pública donde habitaban los criminales (1).

La pesada y elevada puerta giró sobre sus goznes con ruido espantoso.

Félix penetró en aquel fatal recinto, sobrecogido de terror.

Caminó otros cuantos pasos sobre las súcias losas de su lúgubre patio. Volvió á abrirse otra puerta con gruesas rejas.

Félix entró temblando.

La horrenda voz del carcelero, con quien habia hablado el juez, pronunció su nombre, al mismo tiempo que agarrándole de un brazo le empujaba hácia adentro.

La puerta se cerró tras del inocente preso.

Un ruido, horrible para él, de grillos y cadenas hirió sus oidos.

Aquello heló su sangre.

(1) Hoy está convertida en cuartel, hallándose la cárcel en el edificio conocido por Belen de las Mochas, que fué colegio de niñas hasta el año de 1863, en la administración de Juarez.

Tantas terribles emociones eran superiores á sus débiles fuerzas; y al verse allí separado del mundo, sin amigos, abrumado con el peso del dolor y de la mas injusta de las acusaciones, no vió mas amparo que el del cielo en su tribulacion, y cayó de rodillas pronunciando con ferviente ardor estas breves palabras.

—¡Dios mio, tú que ves la inocencia de mi corazon, no me abandones....! ¡Haz que resplandezca la verdad, y que mi nombre no figure en el catálogo de los criminales...!